

por Miguel SABATER

El amor en los tiempos del odio

A mi hijo Néstor Sabater, que a sus siete años me conmovió al decirme que no quería ser grande; y a mi amigo Adrián R. Vázquez: crear noblemente es el único modo de salvar sus inocencias.

1

Extiendo el brazo y apago el despertador. El frío y la lluvia parecen morder la ventana del cuarto. Amanecer un día así no da deseos de levantarse; pero, a decir verdad, siempre despierto con este desgano. Dentro de cinco minutos me sentaré en el borde de la cama, tantearé el suelo con los pies hasta encontrar las chancletas, y empezarán a repetirse las actividades... Entonces recuerdo que hoy cumplo años.

Nací un día así, lluvioso y frío, de 1960. Pero pude no haber nacido. En octubre de 1959 Camilo Cienfuegos desapareció en una avioneta sin dejar rastro. Mi madre tenía seis meses de embarazo, oyó que los vecinos gritaban jubilosos que Camilo había aparecido; salió a la calle loca de contenta, y casi me aborta.

Vuelvo a despertar poco antes de las diez de la mañana. Cuando asomo a la puerta no parece haber llovido. El día es plomizo, ideal para quedarse en casa a escribir. Mientras me afeito pienso que cuarenta y cinco años es ya un trayecto existencial considerable. Pero a veces siento no haber vivido tantos años. Entonces creo que nunca dejé de ser un niño.

Después del desayuno se me ocurre ir a la caja en que están las fotos familiares. Selecciono algunas agrupándolas según la edad en que en ellas aparezco. Luego, sobre la cama, pongo una a continuación de otra para verme creciendo en el tiempo. Esto es una especie de juego, pero saca mucha nostalgia...

2

En una de las fotos aparecemos un grupo de muchachos del barrio



retratados con un hombre vestido de verde olivo en actitud de firme, quien mira seria y rígidamente a la cámara. Los muchachos, en short y sin camisa, estamos agachados delante de él. La foto, por detrás, tiene garabatos que hice a lápiz cuando yo era niño, pero no se me ocurrió poner la fecha. Cada vez que la hallo me pregunto por qué nos retratamos con aquel desconocido. Ahora deduzco que fue por los años sesenta, en que los vecinos del barrio, convertidos en milicianos, marchaban por las calles del reparto. Los muchachos nos sentábamos en la acera para verlos pasar. A unos diez metros detrás del pelotón mal marchaba Luis el loco, descalzo y harapiento, con un palo como fusil sobre el hombro, la cremallera del pantalón abierta, y *eso*

afuera. El jefe del pelotón decía: unos, tres-cuatro, y Luis respondía allá atrás, en voz baja: comiendo m... y rompiendo zapatos.

Era inevitable que riéramos con éstas y otras ocurrencias, como también viendo marchar al barbero, un hombre alto y flaco con cara de dinosaurio herbívoro, cuyo paso nunca armonizaba con el del grupo.

Sin embargo, a pesar del buen momento que nos ofrecían aquellos espectáculos vespertinos, en verdad no vivíamos tranquilos.

Por entonces la Revolución era un hecho reciente, y se vivían momentos de vertiginosas novedades. Muchos participaban del proceso social, en tanto otros discrepaban y se mantenían al margen. La creciente disparidad de

critérios entre los gobiernos cubano y norteamericano habían ido alimentando cada vez más la pira de un montón de hostilidades, conformando una atmósfera agresiva y temeraria evidente en los discursos oficiales, la propaganda televisiva, los pasquines, en las clases y lemas de la escuela, las reuniones en los C.D.R., las noticias... Se vivía con la sensación de que cada nuevo día podría ser el último de nuestra existencia, y esto me ofrecía un sabor muy amargo de la vida, de cuyo descalabro los ciudadanos no éramos culpables.

Por la noche, al acostarme, me tapaba de pies a cabeza pensando que en cualquier momento empezaría la guerra. Imaginaba a los soldados yanquis entrando a casa armados con fusiles y diciéndonos *jarriba, salgan a la calle!*, donde tal vez habría un camión que nos llevaría sólo Dios sabría a dónde, y me separarían de mis padres.

3

En 1970 el Estado se empeñó en hacer la zafra azucarera más ambiciosa de la historia. Cientos de miles de hombres dejaron sus puestos de trabajo para ir a los cañaverales. Colosal campaña agrícola económica, que daba la impresión de ser una empresa bélica.

En la zafra mi padre permanecía sirviendo como cocinero, y no podía ir a vernos a casa. Entonces mi madre y yo fuimos a visitarlo, y nos hicimos esta foto que ahora tengo en mis manos, donde ella, mi padre y yo estamos sentados con los pies colgando en el borde de una carreta. Mirándola detenidamente vuelvo a recordar aquel día en que me puse a merodear por los alrededores del albergue de los macheteros, fui a dar a un mar de cañas y me perdí en la guardarraya. A lo lejos me llamaban y yo respondía, pero nadie me escuchaba.

Fue la primera vez que sentí el pavoroso desconcierto del extravío. Sólo veía el camino sinuoso de la guardarraya, un permanente muro de cañas a los lados, y el cielo. Mientras más corría en aquel campestre laberinto, más lejanas me llegaban las voces de quienes desesperadamente me buscaban.

Entonces me salió al paso un hombre viejo y moreno, sin camisa y con pañuelo en la cabeza. Me habló en una jergonza. Parecía un ser de otro mundo. En verdad era un haitiano. Me cogió por el brazo y me sacó al camino.

He pensado muchas veces que tal vez esta agónica experiencia fue la semilla de la claustrofobia que algún tiempo después empezó a obcecarme en sitios cerrados. Yo contaba entonces diez años. Tenía los pies en el mundo mas buena parte del día mi cabeza vagaba lejos de mi entorno. Me gustaba tanto ser niño, disfrutar la candidez que me permitía creer lo imposible que no quería ser grande. Crecer significaba pulverizar mis rascacielos de sueños, echar en el saco de la razón –cual un terrón de azúcar en un vaso de agua- la poesía consustancial a la inocencia.

La zafra de los Diez millones de toneladas de azúcar absorbía buena parte de los espacios noticiosos. Dondequiera se escuchaba o se leía en pasquines de que Van, Van... pero no se hicieron. Yo pensé que el fracaso del ingente empeño nos costaría muy caro; pero la vida continuó con otros temas dominantes resumidos en grandes tareas económicas, sociales y políticas que implicaban a cientos de miles de gente aprestadas a acometerlas como en pie de guerra, pues toda empresa se revestía con ánimo de lucha y sacrificios, siempre en virtud de un futuro que sería más próspero que aquel presente, y yo crecí acariciando esa esperanza...

-Los diez millones no se hicieron porque hubo sabotaje –me dijo mi padre en cuanto hubo regresado de la zafra.

-¿Qué es sabotaje? –pregunté.

-Daños. El Enemigo hizo todo lo que pudo para que no se hicieran los diez millones.

4

Ver estas fotos de otra edad me desgarran; pero conviene expresarse el alma así de vez en cuando, pues uno existe entre un montón de simplezas sin advertir que el tiempo ha pasado y no le importa que lo desaproveches. Él continúa, insensible, trascurriendo, hasta

que un día cualquiera te sorprende la certidumbre de que ya es demasiado tarde para intentar ciertas cosas, o te llega la muerte. La vida es un don de Dios, pero es uno quien tiene que aprender a comprenderla y hacerla.

Esta foto que ahora tengo en las manos es la de toda la clase de tercer grado. Delante del grupo de alumnos están la maestra Daysi con su larga saya gris y la blusa blanca, la directora Dulce Grillo y aquella peculiar conserje que llamábamos Lilia Manganelle, en el colegio Leonor Pérez del reparto El Modelo, en Regla. Le siguen las hembras, sentadas en el suelo, y, después, de pie, los varones. Ahí veo a mi amigo de todos los tiempos, Fernando Carvajal, a Leandro Ordoñez con cara de malo, y a Armandito Nuviola, a quien yo le decía rubéola.

En la escuela cantábamos una canción en una de cuyas estrofas se decía: *Todos los niños del mundo/ vamos una rueda a hacer/ y en mil lenguas cantaremos/ en paz queremos crecer/ Ese monstruo sin piedad/ que es la guerra imperialista/ ha matado a muchos niños/ y hoy nos vuelve a amenazar...*

Cuando cantábamos la parte que decía *ese monstruo sin piedad que es la guerra imperialista...* yo sentía pavor, pues al Monstruo-Enemigo lo asociaba al diablo.

Durante mucho tiempo creí que el Enemigo encerraba toda la parte del mapa que abarcaba Estados Unidos de América. Llegué a imaginar que la península de la Florida era el colmillo del Monstruo que quería devorarnos. Cuando me sobrecogían mis terrores, pensaba que el colmillo empezaba a crecer sobre el mar y llegaba a nuestra Isla, y de pronto aparecería una boca que nos tragaría.

Después comprendí que el colmillo era simplemente una porción de tierra saliente al mar, y que el Enemigo no era todo el color del mapa que deslindaba a Estados Unidos de Canadá y México, sino una ínfima parte de él. No era lo mismo el pueblo que la forma de gobierno, claro está.

A veces, de la noche a la mañana, a conocidos o amigos se les dejaba de ver,

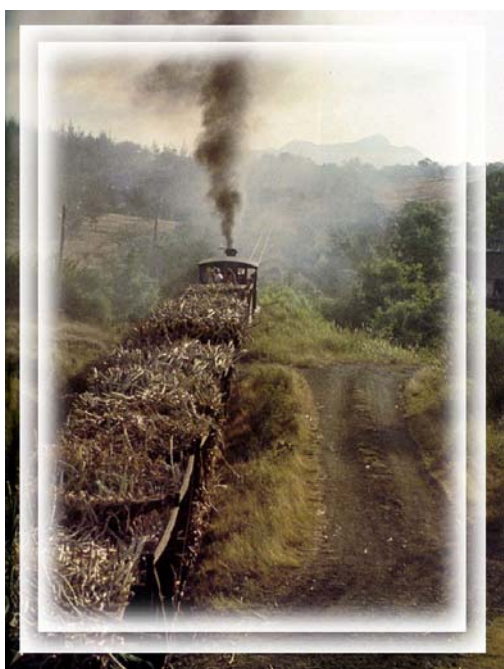
haciéndose un hueco de ausencia en el aula o el barrio donde en cualquiera de sus esquinas solíamos encontrarnos para jugar o conversar... Viviendas que durante muchos años estuvieron animadas, de pronto eran cerradas con un sello oficial, y empezaban a inflamarse de soledad. Yo las contemplaba con una rara sensación luctuosa, sin entender por qué se habían ido a una nación beligerante, explotadora, racista... en fin... repulsiva... ¿Quién podría entender a esta gente?! ¿Serían ingratas, necias o atinadas?

Desde entonces empecé el Catecismo. Mi madre se hizo cómplice de mi credo secreto porque mi padre no debía saberlo. Él era dirigente sindical y de los CDR de la localidad.

Cada domingo un grupo de muchachos nos reuníamos en el patio de la parroquia ante los catequistas para cantar y rezar. Luego pasábamos a locales de la iglesia acondicionados como aulas para aprender Historia Sagrada. Al principio el Catecismo era como un cuento de la vida de Jesús que siempre terminaba en situaciones expectantes.

el párroco Ángel Pérez Varela, me amenazaban con que irían a la iglesia para quitarme el cesto donde yo recogía el dinero de las ofrendas.

Advertí que la escuela y la iglesia eran muy diferentes. Los maestros se referían en términos peyorativos de la religión y la iglesia. Nos consideraban a los creyentes idealistas y con problemas políticos. La Iglesia, en cambio, aconsejaba que había que asistir al colegio diariamente, aprender, respetar y querer a esos mismos maestros que decían que la Iglesia era una institución



La zafra de los diez millones de toneladas de azúcar absorbía buena parte de los espacios noticiosos. Dondequiera se escuchaba o se leía en pasquines de que Van Van... pero no se hicieron. Yo pensé que el fracaso del ingente empeño nos costaría muy caro; pero la vida continuó con otros temas dominantes...

5

Nadie que no me hubiera conocido entonces podría identificar que el de esta foto que aparece de rodillas delante de Jesús crucificado, con el rosario en las manos, soy yo haciendo mi primera comunión en el Santuario de Regla.

Por aquella época de los Diez millones yo iba casi todos los domingos a la matinée del cine Céspedes de Regla. Una mañana, en vez de dirigirme al cine, cambié de idea y entré a la parroquia del pueblo. Me puse a andar por el templo observando los nichos con sus imágenes y el presbiterio embaldosado de cenefas doradas, en lo alto del cual relucía una imagen morena vestida con manto azul orlado de plata y oro sobre una media luna.

Luego las clases se convirtieron en interesantes intercambios de preguntas y reflexiones sobre la existencia.

Un día la maestra de Ciencias, una señora alta y delgada, me llamó a su buró.

-¿Es cierto que estás yendo a la iglesia? –me preguntó. Yo asentí con la cabeza-. Pero eso es oscurantismo. Los que van a la iglesia tienen problemas ideológicos.

Por aquellos días los templos permanecían casi vacíos. Gran parte de los pocos fieles eran personas de avanzada edad o niños y jóvenes cuyos padres mantuvieron su compromiso con la Iglesia a pesar de las hostilidades. Algunos de mis condiscípulos que sabían que yo servía de monaguillo con

oscurantista, explotadora y subversiva. Esos catequistas a los que siempre recuerdo como mis mejores formadores me enseñaron –entre otras muchas cosas– que así como Jesús había amado a su tierra y a su pueblo hasta ofrecer su vida en virtud de su doctrina, debíamos nosotros entrañar todo lo nuestro y defenderlo. ¿Y acaso no es eso el patriotismo?

Sin embargo anotaron en mi expediente escolar: *tiene creencias religiosas*. Esa advertencia era como el cencerro que llevaban pendiente de su cuello los repulsivos leprosos de una época de la historia, y todos los practicantes declarados del catolicismo habríamos de arrastrarla durante muchos años.

Sabíamos que esa especie de alarma podría acarrear insospechadas privaciones de oportunidades académicas, laborales, sociales y políticas; pues profesar nuestro credo, por entonces, era un hecho muy polémico, arriesgado y hasta risible.

6

Luis Fernández Figueroa era un viejo vecino mío de apariencia quijotesca, a quien entrañé desde chiquito. La única foto suya que conservo la debo a pura casualidad. Es la de una Escuela al campo a la que él fue a verme uno de aquellos domingos de visita al campamento Aranguito, creo que en Quivicán o Alquizar, no sé bien. En la foto, tomada a distancia, él y yo estamos caminando. La cámara lo eternizó haciendo un ademán con las manos.

Ver ahora a Figueroa es volver a mis años de vida en Regla; concretamente a las innumerables noches en que departimos sentados en el balcón de su casa, allá en el reparto El Modelo, donde, mirando al cielo palpitante de destellos y fumando mientras corría la brisa, le oí contar pedazos de su vida con risibles palabrotas hasta las tantas de la madrugada. Él había conocido casi todas las etapas de nuestra República, y me habló de todos sus Presidentes, de un montón de costumbres y curiosas anécdotas. Me describió las Navidades, que mientras yo crecía iban desapareciendo; y el estilo en que vivía la gente de su tiempo, las modas y los bailes, los juegos de azar, las tradiciones... Figueroa sería, por tanto, mi primer libro de Historia y mi primer novelista. Me dijo que la luna era el ojo de la noche; me alertó sobre los hombres, que pueden ser tan buenos como malos, según sus intereses y circunstancias. Me enseñó que la Historia es como un cuento contado a la manera de los que gobiernan..., que la verdadera amistad es un hecho cada vez más raro en nuestros tiempos, y los

amigos uno se los inventa, como nos inventamos tantas cosas para seguir viviendo. Me ilustró como el dinero fue pudriendo al mundo, y como el hombre defraudó a su propia inteligencia al ser incapaz de orientarla hacia el progreso y la concordia. Me dijo muchas veces que uno de los defectos menos perdonables es la ingratitud, que no hay un ser más falto de alma que un egoísta, y que detrás de un delator hay un ser fracasado, cobarde e indigno de nuestra consideración...

Figueroa sólo había estudiado Teneduría de Libros, pero gran parte de su vida transcurrió en la fábrica de aluminio de José Luis Bolinaga (actualmente Elio Llerena) en Regla. Terminó sus días retirado y haciendo ceniceros, componiendo jarros, arreglando planchas, haciendo hebillas de pelo... y hablando de La Habana de sus tiempos. No vine a darme cuenta de cuán indispensable me era Figueroa y cuánto lo amaba hasta el día en que tuve que dejar Regla para irme a vivir a un apartamento de Alamar que le otorgaron a mi padre, donde me sentí tan desarraigado y ajeno, y empecé a extrañarlo tanto que, a falta de sus cuentos, empecé a inventar y escribir los míos. De este increíble rechazo a Alamar advertí mi vocación literaria como un hecho rebelde y, al mismo tiempo, salvador de mi inocencia.

Años después Figueroa enfermó sin remedio, y murió. Me negué a verlo en el sarcófago. Quise evitar todo indicio que me confirmara la certidumbre de su muerte; pero tuve que aprender a aceptarla, que es resignarse a vivir con el hueco de la ausencia de quienes hemos querido. Eso sucedió en agosto del 1984. Nunca olvidaré que cuando el carro fúnebre paró ante la capilla del cementerio de Colón, dirigentes sindicales, administrativos y políticos de la fábrica Elio Llerena donde él siempre trabajó, y que yo sé que lo querían, se negaron a

cargar su ataúd para entrarlo a la capilla. Tal vez temían que ese acto pudiera ponerlos en entredichos. No sabían que la Historia es como un cachumbambé, pues años después hasta llegaría a feriarse el Día del Nacimiento de Jesucristo.

7

En esta foto estoy sentado sobre una roca artificial de un estudio fotográfico. Hay un fondo de montañas y palmares. Observo cavilosamente al fotógrafo. Quizás me estuviera diciendo que sonriera mirando a la cámara. En realidad parezco estar pensando que la vida de los adultos ya empezaba a parecerme demasiado complicada.

En efecto, mientras yo generaba chorros de sueños en vigilia creyendo que algún día podría llegar a una estrella, los adultos vivían atentos a un montón de cosas triviales, como estar pendientes de la vida ajena... Gastaban buena parte de su tiempo en dimes y dirés. Se envidiaban, se criticaban, se peleaban, eran mezquinos, insinceros, se delataban... Si en eso consistía la vida, no me gustaba esa vida. Deseaba que inventaran una pastilla, un jarabe o algo así que me impidiera seguir creciendo. Pero no había otra alternativa que transcurrir en el tiempo.

Un día advertí que se agotaba mi inocencia. Nuevos requerimientos promovían otro tipo de necesidades, propensiones y actitudes. Sin darme cuenta ya era uno más entre los adultos, inmerso en aquel mundo del que tantas veces renegara. Desde entonces la vida empezó a sazónarme con los mismos ingredientes con que estaban hechos los otros. Mezcladas en mi alma coexistían mis buenas y malas ambiciones, mis amores y odios, mis rencores, pasiones y vicios.

Lo más parecido a lo divino que tiene la existencia ya había pasado. Ahora empezaba el tiempo en que Dios habría de conocerme por mis

frutos. Ya era absolutamente responsable de elegir y andar mis propios caminos. Ante Dios esta certidumbre encarnaba para mí un gran dilema entre el ser que yo sabía que debía ser y el que realmente era.

8

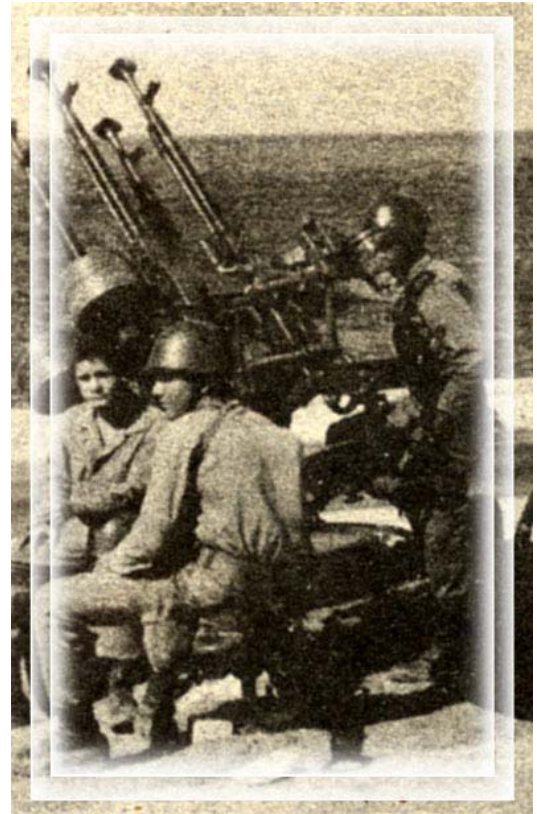
Cada foto me sugiere una cordillera de recuerdos. Están sobre la cama, como piezas sueltas del rompecabezas que es toda existencia humana. Pensé que hoy tendría un día feliz, pero no va siendo así. Las fotos me hacen sentir una súbita dicha entristecida.

Esta es en que me encuentro de pie recostado a una palma con un libro del escritor ruso Máximo Gorki, me trae a la memoria aquel inolvidable final de uno de aquellos magistrales relatos suyos escritos en la última década del siglo XIX. Gorki conoce a un vagabundo en el puerto de Odesa, comparte su pan con él y ambos emprenden un largo viaje, durante el cual su perezoso compañero de camino, mientras descansaban donde les cogiera la noche, roba el dinero y el alimento que Gorki conseguía trabajando cuando el otro holgazaneaba. El escritor se había dado cuenta de su despotismo, pero se dejaba timar y maltratar por su compañero. En verdad quería saber hasta dónde podría llegar la maldad de aquel hombre a quien él había abierto su alma y le entregaba el esfuerzo de sus manos. Un día el rufián desapareció. Gorki lo cuenta así: *Y nunca más volví a verlo. Él me enseñó muchas cosas de esas que no se aprenden en los voluminosos libros de filosofía, pues la sabiduría de la vida es mucho más profunda y vasta que la de los hombres.*

Ya yo era un joven, y aquella conclusión de Gorki sobre la existencia jamás la olvidaría. Treinta años después pienso exactamente lo mismo.

Me enseñaron a creer, en los colegios y las doctrinas de sus libros,

**La creciente
disparidad
de criterios
entre los
gobiernos
cubano y
norteamericano
habían ido
alimentando
cada vez más
la pira de
un montón
de hostilidades,
conformando
una atmósfera
agresiva y
temeraria...**



en un luminoso porvenir que estaba ahí, casi al doblar de mi casa... Lo cierto es que he pervivido en el vórtice de un huracán de incontables dilemas económicos, querellas diplomáticas e inesperados accidentes de la Historia que siempre postergaron mi esperanza.

Crecí espantado del mundo y de la gente, sin otro refugio que el de mi fe y mis ficciones. Verdad que tuve el privilegio de ver surgir y escuchar a Los Beatles, pero vi caer bombas en Viet-Nam y el Medio Oriente, odiarse a personas que se amaban, y crecí esperando una agresión que todavía me desvela. Es cierto también que mientras todo eso ocurría los cuarteles aquí se erigían en escuelas, el negro y el blanco podían coincidir en cualquier lugar y momento, y se levantaban edificios, se entregaba la tierra, y fui feliz, un día más que otro... Pero nada ni nadie pudieron evitar que aquellas incesantes amenazas de guerra y bélicos discursos me entrara como una metralla en la conciencia, imprimiéndome la alarmante

certidumbre de que este espacio llamado mundo es una enorme masa de odio, egoísmo y desatino que ha desplazado al Amor y la cordura hacia quién sabe qué rincones del universo.

No parece ser verdad, como decía aquella canción que de niño aprendimos a cantar en el colegio, que el porvenir será la paz...

Mirándome crecer en esta sucesión de fotos asocio mi vida con el trayecto de Sísifo, el legendario personaje mitológico griego, rey de Corinto, condenado por Zeus a subir y bajar una pesada piedra a través de la falda de una colina. Sísifo sube la piedra con el fin de colocarla en lo alto, pero, cuando está llegando, la piedra rueda y él vuelve por ella. Así transcurre su vida, en un abúlico y angustioso ir y venir por el mismo sitio. Pues, mirando estas fotos en que aparezco desde el mismo día en que nací hasta ayer, no encuentro una comparación más precisa para mi trayectoria existencial que esta legendaria imagen de insistentes y esperanzados esfuerzos. Ω